

todas las cavernas, en todas las rendijas de las paredes, y presentan una gran cantidad de sílices, de piedras para afilar ó para pulimentar, martillos de piedra, mazas, barrenos, dardos, restos de barcas y fragmentos de vasijas hechas de arcilla, huesos, plumas y otros objetos bastante problemáticos que nos dicen ser macarrones primitivos, jabón primitivo, tocino primitivo; de suerte que no nos atrevemos á dar un paso para no exponernos á algún peligro. ¿Qué significan, pues, todas esas vetusteces enmohecidas y roídas por el tiempo, cuyo aspecto nos produce á los profanos náuseas? ¿Qué significa eso? Helo aquí: Está destinado á constituir un arsenal de pruebas y á servir de clave para resolver nuestra discusión. ¿Cómo podríamos juzgar la materia objeto de ella, sino teniendo en cuenta la manera como los hombres hacían fuego, calentaban el agua, preparaban y cocían los alimentos? ¿Es acaso indiferente saber si andaban con zapatos ó gastaban medias de seda, si cascaban las nueces con los dientes ó con piedras, si se servían de tenedores y cucharas, si se mandaban al otro mundo con flechas, hondas ó bombardas, por el abuso del aguardiente ó con el *cyankali*? ¿No es esa una escala para medir su grado de civilización?

Para expresar nuestro asombro ante esos extraños apreciadores de aquélla, casi nos faltan las palabras: es una hermosa ocasión para ver lo que pasa en el corazón humano. Hombres que reivindicán el título de sabios, y hombres instruídos, no temen decir públicamente que juzgan la civilización, la felicidad y el progreso de la humanidad según las cantidades de jabón y de perfume que una época empleó, y según como los hombres organizaron los placeres de la mesa.

Ahora, formulamos esta pregunta: ¿Quién les da derecho para censurar al pobre diablo que cree que su miseria inmediatamente acabaría si pudiese atracarse cada día de trufas y champagne y hacerse acostar en seguida por su ayuda de cámara en blandos colchones de seda? ¿Y nos atrevemos á pronunciar la palabra progreso! ¿Acaso no vivimos como nues-

tros groseros antepasados que se representaban la vida de sus dioses como un eterno festín, y que apreciaban tanto á su bufón, tal vez porque éste, gran tragón y gran bebedor, se engullía durante una sola comida de boda un buey, ocho salmones, todas las golosinas destinadas á las damas y tres toneles de hidromiel?

Por otra parte, cualquiera que sea el valor de las cosas de que se trata, la discusión en este punto no carece por completo de importancia; nos muestra desde luego que no hay para que meter tanto ruido con el pretendido progreso, pues si se deja á los hombres manifestarse, se ve que son siempre y en todas partes los mismos.

La vida de los griegos se pasa en espectáculos, fiestas, danzas, cantos y juegos; les gusta comer y beber bien. Pero ¿en qué difiere de ésta la vida de las llamadas entre nosotros altas clases? Para el indio, la más alta perfección es tirar con acierto, ser diestro jinete, reconocer en la pradera las huellas del búfalo ó de la corneja; es absolutamente la misma manera de ver que tienen nuestros ilustres señores. El chino, indiferente, sólo conoce ya un arte de que esté orgulloso, y es tragar el humo de su pipa con dignidad. ⁽¹⁾ Podría creerse que había recibido lecciones en nuestras corporaciones de estudiantes ó en nuestras reuniones de fumadores. En el siglo XVIII, el más sabio era quien conocía á fondo la manera de acorrallar cazando un zorro. Hoy la gloria pertenece á quien mejor conoce la *ciencia noble*: y una obra nueva, inglesa, publicada por Delmé Radcliffe, nos dice en qué consiste: Esa obra tiene el curioso título de *La ciencia noble; algunas indicaciones para la caza del zorro*.

Naturalmente, á nadie se le ocurre negar que vale más servirse de un tenedor que comer con los dedos; dejamos al árabe el cuidado de juzgar inconveniente el primer procedimiento, diciendo que los franceses tienen demasiado cortos los brazos para llegar á la boca. ⁽²⁾ Tampoco se nos

(1) *Missions cathol.*, 1881, p. 16.

(2) Wrede, *Reise in Hadramant*, 189.

creerá capaces de lamentar como una decadencia de la humanidad y de rechazar con Rousseau el uso del jabón, de los cepillos, de los hornillos económicos, lámparas de petróleo, aparatos de preparar el té, y en general, de todos nuestros inventos.

Solamente, sea cualquiera nuestro agradecimiento por todo esto, no podemos comprender cómo se puede juzgar, por sólo esas exterioridades, el bienestar y aun la perfección del hombre. ¡Cómo si fuese feliz el hombre por fastidiarse durante la noche en el teatro ó en el baile! ¡Como si no pudiera ser tan feliz el trapense, que, entre el trabajo manual y la oración, toma una modesta comida compuesta de sopa, legumbres y pan! Las máquinas de vapor son un progreso, es cierto; pero ¿favorecieron el amor al trabajo, la destreza, la felicidad de los obreros? Con todos esos inventos de que nos alabamos con tanto orgullo, ¿se hicieron más morales nuestros contemporáneos? ¿están á lo menos contentos?

La mayor parte de esas mejoras puramente exteriores poca ó ninguna relación tienen con el progreso intelectual y moral de la humanidad. La sala de los tesoros de Rhompinit y las anécdotas relativas á ella, el escudo de Hércules y la armadura de Aquiles, el toro de bronce de Falaris, las naumaquias de los emperadores romanos y los brillantes actos de violencia á que dieron origen, indican un progreso, pero un progreso en que el espíritu y el corazón de la humanidad no tuvieron ningún provecho, un progreso que más habría valido no realizar. Mi reloj es una prueba de la inteligencia de quien lo inventó, pero está hecho como á propósito para perjudicar mi perspicacia. Si se para, ya no sé en qué hora vivo. Los pastores en las praderas no saben leer en el cuadrante, pero pueden decir sin discrepar un minuto, sin reloj, cuando son las doce. Difícil es decir en qué se han vuelto más prudentes y mejores los campesinos que viven en retiradas aldeas, cuando el conductor de un oso ó de un camello, con el mono indispensable, atraviesa la comarca. Más difícil es decir cómo

mo los habitantes de nuestras villas pueden mejorar en ciencia y en moral, cuando para favorecer su instrucción estética y etnográfica se les enseña una ternera con cuatro cabezas, ó un salvaje, tal vez no auténtico, que aleja toda sospecha acerca de su barbarie cuando finge querer tragar vivo un pobre cordero que le presentan. Y los habitantes de nuestras grandes ciudades, ¿se habrán hecho acaso más morales, más razonables, más reflexivos desde que tienen ya como permanentes circos, barracas de saltimbanquis, y jardines zoológicos, en que durante el día inquietan á los monos, se entretienen en echar confites á los cocodrilos, y durante la noche desesperan á hombres y animales con su ruidosa charanga de jenízaros?

Lo repetimos una vez más, somos los últimos en desdeñar nuestros medios de civilización, en los casos en que se les puede aplicar; como cualquiera otro, visitamos las colecciones artísticas y los museos científicos. Vemos con júbilo que los tesoros de la literatura universal se han hecho accesibles á todos y que muchos se los apropian; para nosotros, una buena biblioteca vale más que un reino. Admitimos sin inconveniente que la facilidad de relaciones, haciendo á todos accesibles los países y los pueblos extranjeros, es un eficaz medio de civilización. Pero todas esas cosas, suponiendo que se las utilice convenientemente, no son más que un medio para llegar al progreso; no constituyen el progreso mismo.

Con mucha frecuencia, por desgracia, el progreso material y el intelectual no sólo no concuerdan, sino que están en contradicción completa. ⁽¹⁾ En Tahiti encontró Cook una etiqueta minuciosa, gran perfección en el vestir, y tal refinamiento en el arte del tocado, que se bañaban tres veces al día, además de lavarse las manos antes y después de comer; pero al mismo tiempo se hacían frecuentes matanzas de hombres. ⁽²⁾ En Sumatra, los battas, si bien ca-

(1) Pott, *Verschiedenheit des menschl. Sprachbaues und ihr Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechtes*, II, 36 y sig.

(2) Müller, *Cook der Weltumsegler*, 57.

níbales, tienen una civilización mucho más adelantada que sus vecinos, que carecen de aquella sanguinaria cualidad. ⁽¹⁾ Stanley hizo observaciones semejantes en el África central.

Generalmente los negros libres y á veces hasta los más salvajes, según afirman exploradores modernos, son tan aficionados á lavarse, bañarse y emplear ungüentos, como los antiguos romanos, y se burlan de los europeos como de gentes que no saben ni siquiera lavarse bien. ⁽²⁾ Los insulares de Fidji tienen excelentes dotes intelectuales y son susceptibles de gran civilización; pero también son más crueles que sus compañeros de raza y sumamente perversos; con razón se ha explicado esto por sus buenas disposiciones, que han sido cultivadas exclusivamente para la injusticia. ⁽³⁾ Los persas deben ser clasificados entre las naciones distinguidas en cuanto á civilización; pero no tienen palabras para expresar las ideas abstractas, como la gratitud, el arrepentimiento, y hasta la virtud, conciencia y honor. Se nos dice que el chino carece de términos para las injurias, pero tienen una ética que la sociedad para la cultura moral debería envidiarles. Esto no les impide, sin embargo, ser estafadores, mentirosos y groseros desde el punto de vista intelectual mucho más de lo que pudiera creerse. Nadie aventaja á los japoneses en dignidad exterior y en desprecio interior á la moral; pero se puede decir que son á la vez los más morales y los más inmorales de todos los hombres.

Estos hechos nos conducen al principio de que la verdadera civilización y el verdadero progreso deben tener como bases fundamentales la ciencia y la virtud.

La ciencia no es, sin embargo, un ejercicio intelectual puramente exterior. Puede suceder que alguien conozca, hasta la quincuagésima generación, el árbol genealógico de to-

(1) Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, V, 1, 183. Ratzel, *Wälkerkunde*, (1) II, 377.

(2) *Frankf. Zeitung*, 1894, n.º 158. Cf., Ratzel, *Wälkerkunde*, (1) I, Einl. 72.

(3) Waitz-Gerland, *Anthropologie*, VI, 680.

dos los caballos que vencieron en Epsom; tenemos respecto á este asunto obras soberbias, muy caras y dignas compañeras de los manuales de la *ciencia noble* que hemos citado antes; ⁽¹⁾ alguien puede haber visto las pirámides y la acrópolis, haber visitado todos los teatros de Europa y conocer todas las *primas donnas*; alguien puede saber hablar de las sinfonías de Beethoven, del palacio de cristal y del archivo de Simancas, y faltarle, no obstante, la verdadera ciencia. Los conocimientos exteriores pueden ser buenos, pero nunca dispensan de una ciencia que es sabiduría, es decir, la inteligencia de las cuestiones más profundas y más elevadas que la filosofía y la teología puedan tratar, cuestiones concernientes al fin y al valor de todo cuanto existe. ⁽²⁾

La ciencia es lo que menos puede sustituir al ennoblecimiento del corazón; quien sea grosero y bárbaro interiormente, carece de verdadera civilización. Cuanto más exclusivamente se forma la inteligencia á expensas de la vida del corazón, mayor será la decadencia. Los peores criminales que pueblan nuestros presidios son generalmente muy superiores en instrucción á sus compañeros.

El hecho de que no comprendamos ya esta verdad importante, es también una prueba de la poca razón que tenemos para hablar de progreso; esta verdad era muy clara para las grandes inteligencias de la antigüedad, para Platón y Aristóteles. Séneca, que vivía en una época de refinada civilización, muy semejante á la nuestra, escribió acerca de esto un tratado especial ⁽³⁾ que responde perfectamente al tiempo en que vivimos, sólo que como verdadero estoico que era, buscaba demasiado la perfección intelectual en el simple conocimiento del bien y del mal.

Si, como Platón dijo ya, jamás el ennoblecimiento del corazón debe ser separado de la ciencia, ⁽⁴⁾ sólo cuando he-

(1) Por ejemplo *General Studbook, containing pedigrees of race-horses from the earliest accounts to 1872*, 18 vol. en-8.º (18 livres sterl.).

(2) Platón, *Apol. Socr.*, 9, p. 23 a. Aristót., *Eth.*, 6, 61; 7, 2; *Metaph.*, 1, 2, 3, 4. Sto Tomás, 1, 2, q. 57, a. 2 ad 1; q. 66, a. 5 ad 1.

(3) Séneca, *Ep.*, 88.

(4) Platón, *Leg.*, 3, 9, p. 689, d.

mos ennoblecido y favorecido al hombre entero, tenemos un progreso que merezca ese nombre. ⁽¹⁾

5. La historia de las religiones humanas es una prueba del retroceso de la civilización.—La respuesta á nuestra pregunta no ofrece ya dificultad ninguna. Lo primero y lo más importante para valuar la civilización de una época, de un pueblo, de un hombre, es la religión. La suprema sabiduría, y por lo mismo, la base fundamental de la verdadera civilización, es el conocimiento cierto de lo que es nuestro origen y nuestro fin, de los que todas nuestras acciones reciben importancia. Pero ya hemos visto que en la historia de las religiones naturales, porque aquí hacemos abstracción de la religión sobrenatural que fué fundada por la intervención positiva del Dios vivo, cada religión simplemente humana indica un retroceso, aunque no lo sea sin interrupción. ⁽²⁾

El nacimiento del paganismo es ya una caída terrible y profunda del género humano; en el curso de su desenvolvimiento, si acaso la palabra es exacta, se puede observar una decadencia más pronunciada cada vez de las ideas morales y religiosas. Lo que el antiguo romano se proponía como fin más elevado era ser buen padre de familia, buen ciudadano y valiente guerrero. Á esa tendencia, dice Hartung, respondía también la religión. El fin de ésta era que la familia y el Estado estuviesen prósperos, y durante mucho tiempo supo preservarse de los errores y desórdenes de otras religiones, especialmente de la religión griega. Tendían sus ceremonias á atraer las bendiciones de las divinidades sobre los campos, sobre los rebaños, y la victoria contra los enemigos. Sus fiestas tenían por fin favorecer el derecho, la concordia, el mantenimiento de la paz. Sus mitos enseñaban el sacrificio por la patria, la fidelidad á los miembros de la misma familia. No conocía ninguna mala acción moral de las divinidades. Todo esto no era mucho, pero aun esto poco no subsistió por largo tiem-

(1) Pfaff, *Schöpfungsgeschichte*, (2) 782.

(2) Hartung, *Religion der Römer*, I, 246, 248.

po; inútil será decir de qué terrible manera ese estado de cosas cambió después en todos conceptos. Ovidio cree que, si una mujer quiere permanecer pura, no debe frecuentar los templos, pues lo que allí ve y oye respecto á los dioses necesariamente perjudica su virtud; no comprende cómo sus versos lúbricos podían malear todavía á los que eran partidarios fieles de aquellos dioses. ⁽¹⁾

Pero tal sucedía en Roma y en todas partes; en todas había la misma degeneración. Las fiestas y las procesiones indias y egipcias eran semejantes á los nauseabundos usos religiosos de los babilonios, de los fenicios, de los sirios, de los lidios, de los armenios. Lo que falta de furia oriental á las procesiones y á los misterios griegos era sustituido con creces por un sensualismo fino y, por lo tanto, más pernicioso. Las costumbres que había en los templos de Corinto y de Sicilia no cedían en corrupción á los de Cartago y Babilonia.

En este concepto se parecen todas las antiguas religiones; la diferencia consiste únicamente en que decayeron unas más pronto, otras más tarde, y más ó menos profundamente. No sería fácil comprender cómo podría esto ser contradicho, si no se supiera cuánto debe importar al Humanismo desfigurarse ese hecho histórico. Los antiguos rendían á la verdad un homenaje imparcial. Platón acusa muchas veces á los antiguos poetas diciendo que por sus descripciones habían rebajado y corrompido la religión que en otro tiempo era mucho más pura. ⁽²⁾ Jenófanes emplea el mismo lenguaje: «Homero y Hesiodo llenan de vergüenza á los dioses, dice: lo que sería considerado en el hombre como un insulto y un acto vergonzoso, lo atribuyen ellos á los dioses, como, por ejemplo, la estafa, la voluptuosidad, el robo». ⁽³⁾

6. También lo es la historia del lujo.—Pero una vez que empiece á degenerar el alma de la vida, la religión, no

(1) Ovid., *Trist.*, II, 287 y sig.

(2) Platón, *Rep.*, 2, p. 365, d. c. 377, d. y sig.; 10, 595 c. y sig.

(3) Jenófanes, *Fragm.*, 8 (Müllach, *Phil. Gr.*, I, 102).

puede quedar intacta la vida misma, ó, para hablar con más claridad, la decadencia de la religión nos da la medida de lo que degenera la vida. La ruina de la religión no comienza fácilmente por la cabeza; es necesario que primero se corrompa el corazón; en seguida contamina al espíritu; pero tan pronto como alcanza á éste la corrupción, la relajación de costumbres se extiende entonces con poder irresistible.

La historia romana suministra un ejemplo que vale por muchos. Á partir de la época en que la religión declinó tan profundamente, se acabaron los tiempos en que el Dictador dejaba el arado para marchar á la victoria y los honores del triunfo para volver al seno de la familia; se acabaron los tiempos en que se inscribía en los sepulcros de las matronas ricas el honroso título de *hiladoras de lana*, los tiempos en que la harina de trigo constituía el alimento ordinario. Entonces la mujer romana atendía por sí misma á los quehaceres domésticos; si había fiesta extraordinaria, se buscaba para aquel solo día en el mercado un esclavo que entendiese de cocina. ⁽¹⁾ Pero más tarde ese arte, y aun el de trinchar, se convirtieron en una ciencia para la cual había escuelas y profesores especiales, un arte que seriamente se enseñaba y se aprendía. ⁽²⁾ Un horno de cocina costaba tan caro como una finca ⁽³⁾ y éstas, no eran, ni mucho menos, baratas. En vez del anillo de hierro antiguamente en uso, los hombres llevaban en cada uno de sus dedos sortijas de gran valor que variaban en el estío y en el invierno. ⁽⁴⁾ El arte de vestirse y de peinarse había llegado á tal punto, que causa grima hablar de ello. Se pagaba un millón de sextercios, y aun más, por una mesa hecha con madera de limonero de África, ⁽⁵⁾ y se dice que Séneca, el predicador de la moderación y de la sencillez, tenía quinientas mesas de cedro con incrustaciones de

(1) Plinio, 18, 28, (11) 1.

(2) Séneca, *Consol. ad Helv.*, 10, 8. Juvenal, 11, 137-141.

(3) Cicerón, *Rosc. Amer.*, 46.

(4) Juvenal, 1, 27.

(5) Plinio, 13, 29, (15) 1.

marfil. Un caballo de lujo valía 24.000 sextercios, un asno de raza 60.000, 100.000 y hasta 400.000, según escritores de aquella época. ⁽¹⁾

Inútil sería estudiar más detenidamente esta desagradable materia; todos saben por la historia cómo crece el lujo una vez comenzado, y cómo subyuga á personas por lo demás excelentes; á nosotros nos basta con señalar la importancia de ese hecho tan frecuentemente repetido.

Y en esto precisamente es en lo que nuestra situación se hace verdaderamente difícil con relación al espíritu moderno. Desde el tiempo en que Lessing introdujo en la literatura alemana la extraña tendencia de aceptar todas las aberraciones de la historia, tendencia á la que se podrían casi aplicar las palabras de la Escritura: «Cuando veás un ladrón corrías con él»; ⁽²⁾ desde mediados del siglo XVIII se hizo de moda defender el lujo como una fuente del bien público y vituperar toda palabra pronunciada contra él como hostil á la civilización.

Pero es una opinión tan baja y tan grosera, que por sí misma demuestra cómo las corrientes de civilización hoy dominantes retroceden en vez de avanzar; pues, aun desde el punto de vista social, debe verse en el lujo excesivo una maldición para los pueblos. Quien considere el problema social únicamente como una cuestión de dinero y la civilización como el bienestar de la vida, puede creer que esa ostentación es un beneficio para la sociedad, porque conduce al refinamiento de las costumbres exteriores y da impulso al comercio; pero quien mire las cosas seriamente, quien conozca la prodigalidad, la extravagancia, el desprecio de los hombres, los desórdenes que el lujo produce en unos, la amargura y el descontento que despierta en otros, y cómo corrompe, por la influencia del mal ejemplo, especialmente á los que se causan á sí mismos y á la generalidad un grave daño, es decir, á las clases medias y las inferiores; quien crea que no hay cuestión social que no sea al

(1) Plinio, 5, 68, (43) 1. Varrón, *Re rust.*, 3, 2.

(2) Psal., XLIX, 18.